

Capítulo 21. El ‘Caso Kastner’

Ben Hecht • Malquiel Greenwald • Shmuel Tamir • Benjamín Haleví •
Rudolf Kastner • Tamir atrapa a Kastner • 1944 • Adolfo Eichmann •
Jaim Weizmann y Jaim Cohen • Joel Brand

No son lo mismo; de hecho, son inconcebiblemente distintos. Me refiero a los judíos del mundo y a los líderes judíos de Israel.

—Ben Hecht, *Perfidy* (1961:7)

A confesión de parte, relevo de pruebas.

—Dicho popular de los abogados.

El 29 de junio de 1955 el *New York Times* reportó sobre un juicio célebre cuya consecuencia política se explicaba en el encabezado: SE LE PIDE AL GABINETE ISRAELÍ QUE RENUNCIE. ¿Por qué? Porque “el juez,” reportó el *Times*, “falló que el Dr. [Rudolf] Kastner había colaborado con los nazis.”¹ Y Kastner era un alto funcionario del gobierno israelí.

Sin decir más, pedir la renuncia del gobierno pudiera antojarse exagerado. En la ecología de terror nazi inclusive algunos judíos habrían elegido salvar el pellejo a cambio de traicionar a otros, mintiendo sobre ello en la posguerra, con lo cual pudieron haber sido empleados, inocentemente, por el gobierno israelí. Puede suponerse, por ende, que detalles

adicionales agravaban la magnitud del crimen de Kastner y la complicidad del gobierno israelí. Así es.

Rudolf Kastner había sido, durante la guerra, nada menos que el cabecilla del Comité de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía en Hungría, con responsabilidad de defender a las inocentes víctimas del Holocausto. Y el gato que le echaban a las barbas no era cualquier acto de colaboración sino haber asistido los esfuerzos nazis de asesinar a sangre fría a más de 400,000 judíos húngaros. Si fuera poco, después de la guerra, según las acusaciones, Kastner había mentido en el Tribunal de Guerra de Núremberg para salvar a los líderes del exterminio de su merecido castigo. *Colmo de colmos, el gobierno de Israel había estado defendiendo—en una corte israelí—a Kastner.*

Pero apenas empezamos.

Kastner no era el enjuiciado. El enjuiciado era el panfletista Malquiel Greenwald, quien, luego de acusar a Kastner en público, había sido objeto de una demanda por difamación *lanzada por el gobierno de Israel.*

Con todos los recursos del Estado a su disposición, y con el procurador general de justicia Jaim Cohen—nada menos—haciéndola de fiscal contra Greenwald, el gobierno de todas formas había perdido el caso. Sobre la evidencia presentada, el juez Benjamín Haleví había fallado que Greenwald tenía razón: Kastner había asistido la Solución Final contra la judería húngara. La evidencia incluía el testimonio del propio Kastner, quien había terminado por confesarlo todo.

Aun después del fallo, el gobierno del Estado judío ¡continuaba, acaloradamente, defendiendo a Kastner! ¿Acaso el

mundo imitaba las novelas surrealistas de Kafka? (O quizá él fuera costumbrista...)

¿Qué implicaciones tiene todo esto?

David Ben Gurión y Moshe Sharett han sido immortalizados como ‘padres fundadores’ del Estado de Israel. Los judíos de Israel y del mundo aprenden a homenajearlos para pasar de grado. Son grandes hombres—poco menos que genios y santos—. Para impartir semejante lección ha sido preciso imponer un silencio de ultratumba sobre lo revelado a principios de los 1950s, en Jerusalén, en la corte de Benjamín Haleví. Aquel silencio impuesto parió una profunda ignorancia: la mayoría de los judíos en esta generación, como he podido constatar, jamás han escuchado *hablar* siquiera del Caso Kastner y lo ahí documentado. No saben que aquel juicio estableció la complicidad de Moshe Sharett y David Ben Gurión en el crimen de Kastner. También Jaim Weizmann, otrora presidente de la Organización Sionista, e igualmente immortalizado como santísimo ‘padre fundador’ del Estado judío, está implicado.

¿Cómo?

En el Mandato Británico de Palestina había un órgano que se ostentaba ‘gobierno’ judío: la Agencia Judía. La encabezaban las principales figuras del movimiento sionista laborista, y en particular David Ben Gurión y Moshe Sharett, líderes del partido Mapai. Nuestro protagonista, Rudolf Kastner, *miembro de Mapai*, trabajaba durante la guerra para el Comité de Ayuda y Rescate húngaro *de la Agencia Judía*. Cuando a la mitad de la guerra hubo una oportunidad para intentar rescatar a todos los judíos húngaros, Ben Gurión,

Sharett, y Weizmann se encargaron de sabotearla mientras que Kastner asistía con entrega el esfuerzo de los nazis de subir a la judería húngara a los trenes rumbo a Auschwitz. Terminada la guerra, y fundado Israel, la Agencia Judía se convirtió en el gobierno del nuevo Estado Judío, y en su cima posaban satisfechos, recibiendo el aplauso de la judería mundial, Weizmann, Ben Gurión, y Sharett. Este gobierno había nombrado a Kastner al puesto de vocero del Ministerio de Industria y Comercio, entre otros. Se rumoraba que pronto sería Ministro de Relaciones Exteriores.

Aquel nombramiento no sucedió, porque en ese momento Greenwald lanzó sus acusaciones y estalló el escándalo, ahora olvidado, que forzó la renuncia del gobierno y la formación de otro. A pesar de eso Sharett y Ben Gurión se quedaron en el poder y, sin escarmentar, su nuevo gobierno decidió recurrir el fallo de Haleví a la Suprema Corte. *Aunque Kastner—ojo—hubiese confesado su crimen*. Todo esto es de suma importancia para entender la historia del Estado judío, pues contribuyó decisivamente a la cadena de eventos que ha traído a este joven Estado a su presente mortal peligro.

Este capítulo lo pasaremos en los tempranos 1950s, en el espacio confinado de la Corte Distrital de Jerusalén, que en sus treinta metros cuadrados a duras penas sienta a veinticinco personas. Pero esta humildad es engañosa. Así como un átomo libera energía para quemar toda una ciudad, el conocimiento que libera esta pequeña corte revoluciona la historia entera.

Ben Hecht

El periodista estadounidense Ben Hecht, de ascendencia judía, presenció el famoso juicio que documentó el crimen de Kastner y reportó los acontecimientos mientras sucedían. En 1961, publicó *Perfidy* (*Perfidia*), una reseña documentada del Caso Kastner. Es una singular delicia literaria porque Hecht era también un destacado dramaturgo y guionista. Le decían ‘el Shakespeare de Hollywood’ y vaya que escribía, lo que valió un Oscar.

Hecht conoce íntimamente el contexto del terreno que cubre en *Perfidy* porque, durante el Holocausto, luchó incansablemente con otros seguidores de Hillel Kook—líder en Estados Unidos del revisionismo, el movimiento patriota judío—por rescatar del exterminio nazi a sus hermanos europeos. Sus esfuerzos fueron saboteados—y con harta energía—por los líderes de las grandes organizaciones judías en Estados Unidos, aliados con los dirigentes de la Agencia Judía en Palestina que pronto sería el gobierno de Israel y que defendería a Rudolf Kastner (CAPÍTULOS 28 Y 29). Aquellas autoridades israelíes prohibieron la venta de *Perfidy* en Israel durante muchos años.

Es difícil impugnar la metodología de Hecht: más de la mitad de *Perfidy* consiste de citas textuales de la transcripción del juicio y documentos presentados para consideración del juez. Pero no se sorprenda nadie de escuchar que hay un esfuerzo institucional—desde la cima de poder en la comunidad judía y en el Estado de Israel—por limpiar la imagen de Rudolf Kastner y ensuciar la de Ben Hecht. Examinaremos aquellos argumentos más tarde (CAPÍTULO 30).

Aquí nos familiarizaremos con lo documentado en el juicio, y narrado en *Perfidy*.

Lo acontecido es tan enorme que parecerá imposible. A cada paso mis lectores querrán saber, ¿por qué diablos? Para entenderlo habrá que leer los capítulos que siguen. En éste me limitaré a reseñar el crimen que confesó Kastner en el juicio del Estado de Israel contra Malquiel Greenwald, que por lo mismo se convirtió rápidamente en el juicio del pueblo judío—de la humanidad entera—contra Rudolf Kastner. Mi resumen no puede hacerle justicia a la prosa de Hecht, pero quedaré satisfecho con mi trabajo si mis lectores se ven impelidos—ya sea por interés o escepticismo—a consultar el original.*

Malquiel Greenwald

Imaginemos un Quijote. Un anciano judío encorvado en el sol ardiente de Jerusalén: sombrero fedora inclinado, abrigo negro, piocha, y bastón. Había sido un judío húngaro, pero después de sufrir un pogromo en Viena, donde fue dejado por muerto en la calle, inmigró al Mandato Británico de Palestina, y desde ahí asistió a otros a escurrirse de las garras de Hitler y refugiarse en la tierra prometida. La Catástrofe, sin embargo, devoró a su familia.

Concluida la guerra, el Mandato Británico de Palestina es ahora Israel, y la Agencia Judía es su gobierno. El siglo ha llegado a sus tempranos 50s y Greenwald a sus 70s. No

* Hecht, B. 1991 (1961). *Perfidy*. Jerusalem: Gefen. (Publicado originalmente en 1961 por Julian Messner.)

importa: hay injusticia en el Estado judío, y este viejo, en el ocaso de su vida, se convierte en periodista.

Se objetará que abusamos de la palabra. Greenwald publica un panfleto mimeografiado de tres páginas.* La tinta morada se corre, la textura de la hoja es incómoda. Cada número ostenta un solitario artículo, por Malquiel Greenwald, cuyos bolsillos han sido vaciados para hacer mil copias y repartirlas gratis en cafés a cambio de breves y tolerantes sonrisas.

Cuidado. A Moisés se le trababa la lengua.

Greenwald publica muchas denuncias. No sucede nada. Un buen día acusa, en el número 51, que Rudolf Kastner—el otrora líder del Comité Húngaro de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía, y ahora un alto funcionario del gobierno israelí—le había ayudado a Adolfo Eichmann a exterminar a más de 400,000 judíos húngaros. Y acusa también que, después, el mismo Kastner había testificado falsamente en Núremberg para que Kurt Becher, un alto exterminador nazi, fuera liberado en vez de ser enjuiciado por crímenes de guerra. *¿Qué?* Pamplinas. Malquiel Greenwald es un anciano. Estará chiflado. Mira: calza zapatos con agujeros. Regala copias de su panfleto. Lo toleran con amabilidad. *¿Quién* se percata de lo que dice? *¿Acaso* importa?

Se percata el gobierno de Israel. Le importa al gobierno de Israel. El gobierno de Israel—y no, dejemos bien claro, Rudolf Kastner, sino el gobierno de Israel, el gobierno de

* El mimeógrafo es una tecnología antigua de 'fotocopiado' que fue desapareciendo en los 1970s.

Moshe Sharett y David Ben Gurión—*demanda a Malquiel Greenwald por difamación.*

Shmuel Tamir

Talento abogado. Lleno de vida: escalador, bailarín, amante del arte, esposo, padre de familia. Le importa la justicia y defiende caídos y causas perdidas—es su reputación—. Al igual que el hijo difunto de Greenwald, Tamir fue soldado del *Irgún Tzvai Leumi* (ETZEL), un ejército subterráneo de soñadores y patriotas judíos.

En su lucha por establecer un Estado judío independiente, los soldados del *Irgún* fueron atacados por los árabes, por el ejército británico, y por la Agencia Judía de David Ben Gurión (que seguía órdenes británicas). Pero el *Irgún*, aun bajo fuego judío, no atacaba judíos. Ésta era su doctrina. Y peleaba bien: contra todas las probabilidades, había logrado establecer una patria independiente para su pueblo, la primera en casi 2000 años. Los irgunistas no son comunes: son hacedores de historia.

Pero el *Irgún* no era invencible. Pocos lo celebran ahora como verdadero arquitecto de la independencia judía porque el *Irgún* no gobierna a Israel. La gobiernan *los líderes de la Agencia Judía y de la Organización Sionista que la parió*. Jaim Weizmann, el otrora presidente de la Organización Sionista, es presidente israelí hasta su muerte en 1952. David Ben Gurion, antes líder de la Agencia Judía, es primer ministro de 1948 a 1953. Moshe Sharett, también líder de la Agencia Judía, es primer ministro de 1953 a 1955. Luego David Ben Gurion otra

vez de 1955 a 1963. Esto captura todos los años del juicio contra Malquiel Greenwald y su secuela inmediata.

La hija de Greenwald, Rina, lleva a su viejo a ver a Tamir. El septuagenario no tiene con qué pagar. Bueno... ¿Y la evidencia contra Kastner? Unas personas hablaron sobre Kastner en un bar, explica el viejo. ¿Eso es todo? Y recibió una carta anónima que acusa a Kastner.

El geriátrico Quijote insiste que tiene nariz de periodista: la acusación es verdadera. Y ambos saben que ciertas cosas sucedieron, pues las vivieron. Tamir puede ver las implicaciones enormes del caso: es la oportunidad de exponer todo lo que se pudre en la cima del gobierno del Estado judío. Elije tomar el caso a condición de que Greenwald le permita un control total sobre la estrategia. De acuerdo. Greenwald tiene talento, también, para la gente: en el joven Tamir ha encontrado al mejor abogado, y al más valiente.

Benjamín Haleví

Es el juez que preside el caso. Le sonrío benignamente al dignísimo y bien vestido funcionario israelí, el Dr. Rudolf (alias Rezso, alias Israel) Kastner, llamado por el gobierno como primer testigo. Haleví, como todo mundo, parece desear una victoria para Kastner. Y eso tiene sentido. ¿Por qué querría imaginar el juez que el gobierno de Israel, el que paga su salario, se ha lanzado como pantera sobre un viejito anónimo para defender a un carnicero de judíos? Absurdo. De ganar el gobierno, el juez no tendrá que romper en mil pedazos el orgullo que siente por los enaltecidos líderes del nuevo Estado

judío. Ya se anticipa a dicho resultado. Pero Benjamín Haleví no es un hombre corrupto y aquello tendrá sus consecuencias.

Rudolf Kastner

En el ‘banquillo’ de testigo,* Kastner declama elocuente—*presume* inclusive—su testimonio sobre sí. Alega que salvó a muchos judíos al dirigir sus plegarias y regateos a los líderes del exterminio nazi: Dieter Wisliceny, Kurt Becher, Hermann Krumei, *Adolfo Eichmann*... Declama sobre las juntas interminables, los viajes a diestra y siniestra, a Viena, Bratislava, Berlín, siempre en compañía de los encargados de la matanza (pero sobre todo con Kurt Becher). Se alaba a sí mismo por las vidas que salvó gracias a su influencia con estos asesinos.

Kastner presume, pero... no se ve cómodo. No del todo. Quizá le preocupan las preguntas que bien pudieran estarse formando en las mentes de sus escuchas.

¿Por qué tanta libertad para Kastner de viajar con altos verdugos nazis cuando los demás judíos húngaros estaban siendo trepados a los trenes y deportados a sus muertes? ¿Por qué se mostraban los nazis tan deferentes con Kastner, recibéndolo al más alto nivel? ¿No les incomodaba que Kastner fuera líder del Comité de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía, encargada, supuestamente, de defender a los judíos de los nazis?

* El ‘banquillo’ es metafórico; de hecho, la corte es tan pequeña que no hay espacio para banquillo.

Tamir pone mucha atención porque no tiene una jota de evidencia. Está esperando *la mentira aprovechable*. Está esperando un hilo suelto que pueda jalar y con él desbaratar la alfombra entera.

Kastner asevera a la corte—categórico, resonante—que las acusaciones de Malquiel Greenwald son falsas. Es verdad, dice, que terminada la guerra fungió como consejero del fiscal en jefe del Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra en Núremberg. Pero es falso, insiste, que fungiendo como tal haya entregado testimonio o affidavit alguno *a favor de Kurt Becher*.

¿Quién es Kurt Becher? El epíteto de ‘monstruo’ se avienta fácil y pierde fuerza; es Becher quien lo merece. Da sus primeros pasos como oficial de la SS en Polonia cuando los nazis comienzan a torturar y asesinar a los judíos polacos. Sus nervios de acero infunden valor a otros nazis, más tímidos: *Miren, así se mata sin piedad a un judío, hombre, mujer, o niño*. Luego es comandante de pelotón en el frente ruso. Aquellas matanzas lo prestigian y es puesto a cargo de todos los campos de concentración en las zonas ocupadas. Finalmente, intercambia lo que pudiera quedar de su naturaleza humana por la de un buitre al encabezar el ‘Departamento Económico.’ Éste despoja a los cadáveres judíos del oro de sus dientes (para los bancos alemanes) y de su cabello (para el calzado de fieltro de los empleados del *Reichsbahn*); luego recolecta sus cenizas (para fertilizar la siembra). Quizá se hiciera también de la grasa judía para fabricar jabón (sobre este punto hay controversia).² Pero Kurt Becher ha sido liberado por el Tribunal de Crímenes de Guerra de Núremberg y ahora es uno de los hombres más ricos de la nueva Alemania. Ha

recibido cuantiosos honores y el gobierno israelí le compra trigo a su compañía. (¡Enriqueciéndose todavía de los judíos!)

Según Malquiel Greenwald, Becher escapó la justicia porque Kastner testificó a su favor en Núremberg. El testigo Kastner lo niega categóricamente; afirma su inocencia y termina. Los periodistas corren a escribir sobre la vindicación del Dr. Rudolf Kastner, salvador de judíos. El juez Haleví, al parecer también convencido, pregunta a Tamir si su cliente no preferirá declararse culpable. Le quiere hacer un favor: aquel se declara culpable y la corte será indulgente (recordemos que Malquiel Greenwald es el acusado). Tamir mira a su cliente. *Nunca*, replica el anciano.

Tamir atrapa a Kastner

Cuando se reúne nuevamente la corte, Tamir comienza su interrogatorio de Rudolf Kastner. La primera mentira: Kastner no era realmente el líder oficial del Comité Húngaro de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía. El testigo concede el punto cuando Tamir presenta los documentos oficiales de la Agencia Judía, donde un Sr. Komoly* aparece como titular del puesto (Kastner lo había hecho a un lado, pero aquel conservó su título). Es una mentira blanca. Pero Tamir apenas calienta. Ya puedo verlo, sonriendo amablemente, asomando un canino.

El segundo día de interrogatorio es más interesante. Tamir comenzó sin evidencia alguna pero ahora sí tiene algo. Deja primero que el testigo de nuevo afirme, categórico: *que*

* O Komoy.

no dio ni testimonio ni affidavit en Núremberg a favor de Kurt Becher. Tamir propone entonces que en realidad sí lo hizo. “¡Ésa es una mugrosa mentira!”, protesta Kastner. Pero de haberlo hecho, ¿no sería ello un crimen nacional?, le pregunta Tamir. Lo sería, concede el testigo.

Tamir produce una carta firmada por Kastner. Ésta— increíblemente—viene de la enorme pila de documentos que el gobierno presentó *en defensa* de Kastner. Un descuido. El párrafo clave no ha escapado al ojo de águila de Tamir, quien declama ahora en voz alta las palabras que lee del puño y letra del testigo:

“Kurt Becher fue un Coronel de la SS y fungió como enlace entre mí y [Heinrich] Himmler [el líder de la SS] para nuestro trabajo de rescate. Fue liberado de prisión en Núremberg por las fuerzas de ocupación de los Aliados gracias a mi intervención personal.”— citado en Hecht (1991[1961]:73)

Dejemos a un lado, por el momento, la representación que en el documento citado hace Kastner de Becher como presunto salvador de judíos. Y fijémonos en esto: Kastner *presume* por escrito que su intervención salvó al exterminador. Sin embargo, se acaba de ofender con el abogado opositor, calificando de “mugrosa mentira” sugerir que hubiese cometido semejante crimen nacional. Ha sido acorralado. Empero, persiste en negar que hubiese *jurado un affidavit* a favor de Becher (un tecnicismo). Yo no se ve incómodo; se ve *muy* incómodo.

Hagamos una pausa para preguntar: ¿A *quién* le presumió Kastner en su carta que había liberado a Becher? La carta iba dirigida a Eleazer Kaplan, funcionario de la Agencia

Judía. Pero, ¿no implica ello que la Agencia Judía de Moshe Sharett y David Ben Gurión, ahora convertida en el gobierno de Israel, tendría razones para *felicitar* a Kastner por su ‘hazaña’?

Esto merece una reflexión. Por consiguiente, el gobierno reflexiona y percibe su peligro. Luego despide a su abogado. Toma su lugar Jaim Cohen, nada menos que el procurador general de justicia del Estado de Israel. Y más aún: Cohen ha redactado la ley de condena de muerte para todo judío que haya colaborado con los nazis. *Éste* hombre defenderá a Rudolf Kastner. Podemos decirlo así, aunque técnicamente el acusado sea Malchiel Greenwald, porque la verdad es que a partir de aquí se enjuicia moralmente a Rudolf Kastner (y al gobierno).

Jaim Cohen es una eminencia jurídica, ¿pero acaso puede detener esto?

Cuando se reúne de nuevo la corte, Tamir vuelve al interrogatorio de Kastner. Insiste: si el testigo hubiese intercedido de manera oficial en Núremberg a favor de Kurt Becher, ¿sería eso un crimen nacional? Lo sería, concede el testigo. Tamir produce entonces el siguiente documento y lo lee en voz alta al testigo:

“Yo, el Dr. Rudolf Kastner, cuya firma aparece al final, quiero hacer la siguiente declaración suplementando el affidavit que le presenté al Tribunal Militar bajo el documento 2605 PS concerniendo el Lugarteniente Coronel Kurt Becher... No hay duda alguna que Becher pertenece a los muy pocos líderes de la SS que tuvieron la valentía de oponerse al programa de aniquilación de los judíos, y trataron de salvar vidas

humanas... Yo tuve contacto personal con Becher desde junio de 1944 a abril 1945 y quisiera enfatizar, en base a mis observaciones personales, que Kurt Becher hizo todo lo que le era posible por salvar vidas inocentes de la furia ciega de los líderes nazis...

Por lo tanto, aunque la forma y la base de nuestras negociaciones puedan ser sumamente objetables, nunca dudé por un momento de las buenas intenciones de Kurt Becher...

En mi opinión, cuando el caso sea juzgado por las autoridades aliadas o alemanas, Kurt Becher merece toda la consideración posible...

Hago esta declaración no solo en mi nombre sino también en nombre de la Agencia Judía y el Congreso Mundial Judío. Firmado, Dr. Rudolf Kastner, Agencia Judía Oficial en Ginebra. Ex-Presidente de la Organización Sionista en Hungría, 1943-45. Representante del Comité Conjunto de Distribución en Budapest.”—citado en Hecht (1991[1961]:78)

Visiblemente, hay un cambio de atmósfera en la corte. El juez, sacudido, quiere saber *quién* le dio permiso a Kastner de abogar por este buitre humano, esta bestia que consume judíos, en nombre de la Agencia Judía y del Congreso Mundial Judío—oficialmente, por tanto, *en nombre del pueblo judío*—. Kastner, nervioso, escupe una lista de nombres, todos líderes de las principales organizaciones judías en Israel y la Diáspora. Uno es Eliyahu Dobkin, ahora uno de los altos jefes de la Agencia Judía. Otro es Jaim Barlas, miembro del Comité de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía en Estambul durante la guerra (nos lo volveremos a encontrar). También está Perlzweig, jefe del departamento político del Congreso

Mundial Judío. Y Riegner, representante del mismo en Europa. El juez Halevi quiere clarificar si esta gente le dio permiso a Kastner de salvar a Becher. Así es, explica Kastner.

Cuando reanuda el interrogatorio, Kastner ha perdido la compostura. Le grita a Shmuel Tamir que *él* es quien comete un crimen nacional. El gobierno israelí parece estar de acuerdo (está defendiendo a Kastner).

También hay un affidavit de Walter H. Rapp, lugarteniente coronel del ejército estadounidense, funcionario legal del Departamento de Estado de su país, y cabeza del Consejo de Evidencia del Tribunal de Crímenes de Guerra de Núremberg. También este affidavit es leído en la corte. Su texto declara que “ ‘Becher fue soltado... sólo gracias a las plegarias del Dr. Kastner y al contenido de su testimonio bajo juramento.’ ” Escribe Rapp que, “ ‘[Según Kastner], Becher había instrumentado que se salvaran las vidas de decenas de miles de judíos..., asumiendo un gran riesgo personal con sus despliegues de sacrificio, inclusive de heroísmo.’ ” Aquel “ ‘afidavit [de Kastner] concerniendo Becher fue la principal, si no es que la única razón que influenciara nuestra decisión de soltarlo.’ ” Ningún otro oficial de la SS custodiado por Núremberg ha recibido este trato, añade Rapp.³

Ahora la prensa israelí, tan confiada al principio del heroísmo de Kastner, apunta lo obvio: parece ser colaborador nazi. Y presenta para sus lectores la pregunta incómoda: *¿Por qué se está gastando una fortuna el gobierno israelí defendiendo a un colaborador nazi?*

El juicio dura tres años y contesta esa pregunta. Sobrevivientes de la masacre húngara son llamados a dar su

testimonio. Tamir acorrala a Kastner una y otra vez. Jaim Cohen no logra detener la avalancha de revelaciones, perjurios expuestos, y confesiones. Un hombre que debió haber sido asesinado pero no lo fue, un cabo suelto que los responsables dejaron colgando, es producido en corte y testifica: Joel Brand. Y Kastner termina por confesar su crimen. Así, emerge una historia, documentada toda ella en el proceso del gobierno de Israel contra Malquiel Greenwald, y se establece que David Ben Gurión, Moshe Sharett, y Jaim Weizmann están también implicados en el asesinato de más de 400,000 judíos húngaros.

Aquí, en breve, esta historia.

1944

El pueblo húngaro de Kluj tenía una población judía ascendiendo a los 20,000—judíos del Este, más judíos que húngaros, a diferencia de sus muy asimilados hermanos de Budapest. Muchos en Kluj se involucraban en el sionismo. Rudolf Kastner, también de Kluj, había creado en Budapest un grupo para ayudar a sus correligionarios a escapar de Hungría. Pronto había demostrado una gran habilidad para hacerse amigo de los nazis. Pudiera ser una ventaja, se pensaba. Dentro de poco era ya el líder *de facto* del Comité de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía. Sus principales asistentes eran Joel Brand y su esposa Hansi Brand.

Al principio Rudolf Kastner, con la ayuda de Joel Brand, se comportaba como patriota judío. Bombardeaba a los funcionarios de la Agencia Judía en Suiza, Estambul, y Tel Aviv con reportes detallados de matanzas. Advertía sobre lo que, con toda seguridad, estaba por venir. Sin embargo, los

representantes de la Agencia Judía y el *Joint Distribution Committee* en Suiza, Moshe Schwalbe y Saly Mayer, no dieron esta información a la prensa. La Agencia Judía de David Ben-Gurión en Palestina guardó un silencio idéntico. Toda la información “ ‘se mantuvo en secreto de la prensa,’ ” explica el propio Kastner en la corte de Haleví. “ ‘Yo les informaba casi a diario del exterminio. Mis cableados no fueron publicados en ninguna parte.’ ”⁴

Uf. ¡De pronto asoma el viejo Kastner! Aquel que, antes de su corrupción, intentaba informar sobre el genocidio, que se indignaba con la falta de respuesta. ¿Y a quien acusa? *A David Ben Gurión*. Pues esos reportes eran para él. Fue Ben Gurión el que no publicó nada.

En verdad, no se hizo casi nada por el rescate. Esa queja la presentó un grupo de sobrevivientes de la masacre polaca, en 1945, en la junta anual del Congreso Mundial Judío, presidido por el rabino reformista estadounidense Stephen Wise y su colega Nahum Goldmann (aliados de Ben Gurión). Contestaron a los sobrevivientes que eso era deliberado: “ ‘La opinión del consejo ejecutivo,’ ” afirmaron aquellos líderes, “ ‘es que esto [de tratar de salvar vidas judías] no convenía debido a nuestros lazos diplomáticos con estos gobiernos [occidentales].’ ”⁵ O sea, los líderes del ‘Mundo Libre’ se enfadaban con la presión por rescatar vidas judías. Para no contrariarlos, para preservar “los lazos diplomáticos con estos gobiernos,” era mejor, según los líderes del Congreso Mundial Judío (¡?), dejar que ardiera la judería europea. La corte de Haleví se entera de todo esto porque aquellos sobrevivientes polacos, a instancias de Tamir, se presentan a testimoniario.

Pero volvamos a Kastner.

El Tercer Reich se colapsaba en 1944. No ganaría la guerra—estaba claro—. Pero quedaban todavía muchos judíos por matar. Casi un millón en Hungría. ¿Cruzarían a tiempo la meta los alemanes? *Tantos judíos, tan poco tiempo*. Harían su mejor esfuerzo. Desviarían, inclusive, recursos indispensables del frente para usarlos en el exterminio. Así de importante era matar judíos. Y los nazis eran muy serios. Pero en Hungría la cosa no se veía fácil; cabía la posibilidad de que las víctimas se defendieran.

Cuando los judíos pelean son los mejores soldados. Pregunten a los grecomacedonios, cuyos ejércitos, los más temibles de la antigüedad, fueron expulsados por campesinos judíos mal entrenados y mal armados en la Revuelta Macabea. Pregunten a los romanos. Ellos aventaron todas sus legiones contra los judíos (en su mayoría civiles) en el primer y segundo siglos de la Era Común—y a duras penas vencieron—. Pregunten al invencible Imperio Británico, que en el Mandato no pudo contra el pequeño Irgún Tzvai Leumí, cuyo coraje recordaba a sus ancestros macabeos. Pregunten a Adolfo Eichmann. Él sabe. Un puñado de civiles judíos en el Gueto de Varsovia, sin entrenar, mal armados y muriéndose de hambre, fueron muy difíciles de derrotar por la tremenda *Wermacht* de Adolfo Hitler—y pelearon hasta la muerte, resistiendo *4 meses* y llevándose muchos alemanes—.

El recuerdo de eso atormentaba a Adolfo Eichmann, pues por estas fechas los nazis estaban escasos de personal en Hungría. En las *Confesiones de Eichmann*, publicadas por *Life* en 1960, el exterminador en jefe explica de su puño y letra: “Queríamos peinar muy bien Hungría de cabo a rabo antes de que los judíos despertaran al plan y organizaran resistencia

partisana.’”⁶ Eso mismo confiesa Kastner en la corte de Haleví: Eichmann le expresó personalmente, dice, su temor de una repetición de lo sucedido en el Gueto de Varsovia. Había que evitar eso.

Y Eichmann lo evitó. ¿Cómo?

Pese a toda la absurda propaganda nazi contra los judíos debe admitirse que los principales exterminadores entendían ciertas cosas de su presa. Eichmann, en particular, se jactaba de estudiar hebreo y de investigar con cuidado el movimiento sionista. Es obvio que no era mal estudiante y que aprendía algunas cosas. Por ejemplo, que los judíos aman a la paz y a la vida, y que *creen* con intensidad feroz: se sujetan a la esperanza—cualquier esperanza—. “La gente se aferra a una ilusión con la misma fuerza que a la vida misma,” dice Ben Hecht.⁷ O con *mayor* fuerza, tratándose de judíos. Y entendía también Eichmann que sus víctimas serían incapaces de pensar mal: seguirían ciegamente a sus líderes. Conseguir la colaboración de esos líderes, por ende, era el paso clave. Y eso también podía lograrse—eso también lo entendía Eichmann—.

Es increíble, por tanto, que Hannah Arendt se haya tomado en serio el propio testimonio de Eichmann, en el banquillo de acusado, en Jerusalén, como si no fuese la cualidad misma del psicópata mentir con osadía y sin remordimiento alguno. Porque solo así pudo Arendt ‘banalizar’ a un criminal tan sofisticado—a este talentoso antropólogo y psicólogo, que subió a tantos judíos a los trenes y los llevó al matadero con astucia tal que no hizo falta demasiada fuerza—. Por el contrario, Arendt nos ha querido decir que Eichmann era un hombre común, como cualquiera de nosotros, como si el asesinato de un pueblo entero lo tuviéramos todos dentro, listo

a brotar en cualquier momento, precisando, nada más, de la rutina burocrática, de órdenes precisas a las cuales aplicarnos con esmero profesional. Arendt nos arrebató al monstruo que necesitamos odiar y nos responsabiliza a todos—por compartir con él esa presunta naturaleza humana—de los crímenes de Eichmann. *Nosotros*, dice Arendt, somos el monstruo. Y a Eichmann lo disculpa un poco—humano y *banal*, después de todo—.

La refutación de esta sinrazón, que banaliza inclusive al propio Holocausto, está en el libro mismo de Arendt. Pues ella registra la astucia de Eichmann para reclutar a los líderes de la judería húngara y, sirviéndose de ellos, asesinar a cientos de miles de inocentes. Aquí también, empero, Arendt nos regala una interpretación absurda donde los responsables, merecedores de nuestra condena, nuevamente se fugan, escapan su juicio, para ceder su asiento a los inocentes. Veamos.

“Eichmann y sus hombres,” escribe Arendt, “invitaron a los dirigentes judíos a reunirse con ellos, a fin de convencerles de formar un Consejo Judío.” Lo llamarían ‘Comité Central.’ ¿Para qué lo querían? Para retransmitir las órdenes de los nazis. ¿Y por qué habrían de cooperar los líderes judíos? ¿A cambio de qué? Los nazis concederían al Comité Central “absoluta jurisdicción sobre todos los judíos de Hungría.” ¿Pero eso cómo podía ser incentivo? ¿Y cómo iban a cooperar esos líderes, si estaban enterados ya (como no lo estaban sus correligionarios de a pie) de lo que sucedía en Auschwitz-Birkenau? Explica Arendt,

Los dirigentes judíos húngaros tuvieron que elevar la técnica de autoengaño a la categoría de gran arte

para llegar a creer, a aquellas alturas, que ‘aquí no puede ocurrir’—‘¿cómo pueden atreverse a enviar a los judíos húngaros fuera de Hungría?’—, y luego, seguir creyéndolo mientras los hechos contradecían cotidianamente dicha creencia.— Arendt (2004[1963]:286)

¿Autoengaño? ¿Ha dicho realmente eso Arendt? Parece que sí. Pero ella misma escribe que “Los futuros miembros del Comité Central Judío” consintieron en negociar con Dieter Wisliceny, lugarteniente de Eichmann, sin importar las advertencias de los eslovacos, quienes habían explicado ya que Wisliceny, “pese a todos los sobornos, ‘había deportado [a su muerte] a todos los judíos de Eslovaquia.’ ”⁸

Arendt se maravilla de este Comité Central. Está bien justificado el espaviento. No así la hipótesis de *autoengaño*.

Rudolf Kastner había sido el primero en ver el famoso reporte de Rudolf Vrba y Alfred Wetzler, sobrevivientes fugados del infierno de Auschwitz, cuya información documentaba los preparativos que se hacían en el campo de muerte para recibir, precisamente, a los judíos húngaros (CAPÍTULO 30). Los líderes del Comité Central estaban también al tanto.

Seamos claros: si conocían las intenciones de los nazis, no hubo autoengaño.

Afirmar ‘autoengaño’ es ofrecer una disculpa por aquellos líderes. Nótese, entonces, el contraste: en referencia a los judíos *comunes*, los de a pie, Arendt pregunta: “¿Cómo es posible que los judíos cooperaran, a través de sus dirigentes, con su propia destrucción?”⁹ O sea que ellos fueron

responsables (el verbo ‘cooperar’ implica agencia consciente), pero no así sus líderes, presas de un presunto ‘autoengaño’ que disminuye, si no es que elimina, su responsabilidad. ¿Qué implica esto? ¿Qué está diciendo Arendt? ¿Que los judíos comunes, conscientes y responsables, se sirvieron de sus autoengañados e inconscientes líderes para autodestruirse! Merece atención el sesgo de esta renombrada filósofa. Diríase que delata una cierta pasión por exonerar a los criminales, y también a los traidores, y culpar a los inocentes y a las víctimas.*

Volvamos al relato. Krumei y Wisliceny, dos altos exterminadores, se reúnen con los líderes de la judería húngara y explican que impondrán restricciones severas a los judíos pero que las “cosas malas” (los exterminios) no sucederán si los judíos cooperan con su humillación. “ ‘Quiero que los rabinos calmen los nervios de sus congregaciones,’ ” explica Krumei.¹⁰ (Estamos a tan sólo dos meses de las deportaciones y matanzas de los judíos húngaros.) Entre los judíos comunes, algunos cientos no creen esta historia y se suicidan. Algunos otros tienen sospechas y comienzan inclusive a juntarse en secreto para discutir la resistencia armada, o la fuga. Los nazis se preocupan. Hace falta aquí alguien importante, alguien que infunda confianza.

Rudolf Kastner es el representante en Hungría de la Agencia Judía de Palestina, y el líder *de facto* de su Comité de

* Es esta misma Arendt a quien antes nos encontramos exonerando a Hajj Amín al Hussein—creador del movimiento palestino y de OLP/*Fatah*—de su papel líder en la Solución Final Nazi (INTRO A LA PARTE 1).

Ayuda y Rescate local, cuya responsabilidad oficial es salvar vidas judías. Es miembro de Mapai, el partido de David Ben Gurión, mismo que, con la bendición de los británicos, controla el ‘gobierno’ judío en Palestina. Los judíos húngaros están aislados y sin conexiones. Pero Kastner tiene conexiones. Muchas. Y los nazis son siempre muy amables con él. Eso motiva la deferencia de los otros líderes judíos hacia el Dr. Rudolf Kastner. Quizá, piensan, *Kastner puede hacer algo*. (Quizá los salve a ellos—a los líderes—).

Kastner puede hacer algo, piensan también los nazis. El éxito del plan nazi se predica sobre el engaño. Tienen en mente un experimento: dirán a los judíos de Kluj (el pueblo de Kastner) que serán deportados en trenes, pero no a Auschwitz a ser exterminados, sino a Kenyermeze—a trabajar—. Dirán que la gente trabaja mejor cuando está con su familia, por lo cual serán deportados *todos*. ¡Sera Kastner quien se los diga!

Kastner puede hacer algo. Éste es el final de una guerra que los nazis han perdido, y falta personal: no hay más que 20 guardias húngaros y un oficial de la SS alemana cuidando a los 20,000 judíos del gueto de Kluj. Detrás de la frontera rumana, los nazis ya no están matando judíos, pues los soviéticos les están volando los sesos. Esa frontera está a *cinco kilómetros* de Kluj. Kastner puede salvar a estos judíos si tan solo les dice lo que está pasando.

Kastner puede hacer algo. Puede ir a Kluj y asegurar a todo mundo que los nazis dicen la verdad: irán a campos de trabajo. Él creció con esta gente; algunos lo conocen desde chico. Le creerán.

Kastner puede hacer algo. Los nazis no están preparados para lidiar con una insurrección masiva. Kastner puede avisarles a los 800,000 judíos de Hungría y producir un levantamiento.

Kastner puede hacer algo. Puede seleccionar, a cambio de jugar el papel que los nazis preparan para él, unas pocas vidas. Su familia, amigos, y algunos otros. Con la carnicería de la judería húngara, puede comprar salvoconducto para estos.

¿Qué hará? ¿Se preocupan los nazis? Para nada. Kastner es enviado a Kluj solo—*solito*. No lo acompaña ni un guardia nazi.

Se merece esta confianza y lo demuestra: sonrío a su gente y les asegura que irán a Kenyermeze, a trabajar. Ya calmados, y rebozando de orgullo por la importancia de su Dr. Rudolf Kastner, tan talentoso para ganarse la confianza de los nazis, tan celoso de la seguridad judía, sus correligionarios se suben a los trenes para irse (creen ellos) a Kenyermeze. Muchos se apresuran porque les dicen que “los primeros en llegar tendrán derecho a los mejores lugares.” Así lo explica Jacob Freifeld, un sobreviviente de Kluj, en la corte de Benjamín Haleví: “Sí, todos corrimos a Kenyermeze.”¹¹

¿Es un precio justo—ese puñado que escoge Kastner a cambio de borrar a la judería húngara—? Él piensa que sí. Ha escogido gente de importancia, de sustancia, no gente común sin utilidad alguna y buena solo para el matadero. Esta distinción la defenderá después Kastner en la corte de Benjamín Haleví cuando varios sobrevivientes de Kluj se presentan a acusarlo. El juez—azorado de escuchar a Kastner confesar que sabía todo y que no advirtió a nadie de que iban al

exterminio—le exige una explicación. Kastner declama lo siguiente:

“Su Señoría, siento decirlo, pero los testigos de Kluj que testimoniaron aquí—en mi opinión, yo pienso que no representan la verdadera judería de Kluj—. Pues no es ninguna coincidencia que entre ellos no se encuentra ninguna figura importante.”¹²

Pues no. Un judío importante no es esta chusma. Es alguien como Hillel Danzig, periodista estrella del diario *Davar* de David Ben-Gurion, aquel que no ha dicho ni pío sobre el Holocausto a pesar de todos los reportes que llegan a la Agencia Judía de su propia gente en Europa. Danzig, elegido por Kastner para salvarse, luego afirmará en la corte de Haleví haber desconocido la suerte exacta de los judíos deportados, si bien entendía que sería “mucho peor” que la suya.

Mucho peor... Para “la verdadera judería de Kluj,” para Danzig y otros 387 ‘judíos importantes,’ hay salvoconducto; a cambio, para 20,000 don nadies, habrá gas y fuego.

Adolfo Eichmann

Son días de mercado para Eichmann y pone otra oferta sobre la mesa. Se enteran de ella en la corte de Haleví porque, a instancias de Tamir, Joel Brand se presenta a testificar. Éste es el cabo suelto—¡semejante descuido!—. Pues quien tire de él descubre el ardid para borrar a un pueblo entero. ¿Por qué no lo asesinaron? Quién sabe. Quizá por arrogancia.

Pero ahí está—vivo y declamando—. Y presenta su historia...

Durante la guerra Brand es el subordinado inmediato de Rudolf Kastner en el Comité de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía en Hungría. No conoce los arreglos de Kastner con los nazis. Y piensa, incorrectamente, como pensaron tantos judíos en aquel entonces—*como piensan todavía*—que sus líderes los defienden. Brand *cree*. No desconfía. Y quiere salvar judíos. Por esta razón precisamente, porque quiere salvar judíos, Eichmann lo manda llamar; a Brand y no a Kastner.

“ ‘¿Sabes quién soy?’ ”, le pregunta Eichmann. “ ‘Soy el encargado de todas las acciones en Alemania, Austria, Polonia, y Eslovaquia.’ ” Presentándose así, delata su vanidad, orgullo por su tarea. Se sabe famoso, exitoso, una figura histórica. Hablarán de su hazaña por generaciones. *¿Sabes quién soy?*

Pero, ¿por qué la delicadeza? ¿Por qué ese eufemismo, ‘acciones,’ para los exterminios de judíos? ¿Será que afecta tacto para evitarle demasiada ofensa a Brand? *Pero si Brand no es más que un judío*—uno más como tantos otros que Eichmann, con desprecio cotidiano, pero no sin orgullo profesional, mata sin pestañear. ¿O debemos ver, más bien, en lo que parece una cortesía, el juego delicioso del gánster sádico, del psicópata, jugueteando con su víctima, haciendo pantomimas de amabilidad para manipular desconcierto y saborear su poder total?

“ ‘El siguiente objetivo es Hungría,’ ” revela Eichmann. Pero quizá no se haga, íntima. El nazi quiere hacer un trato. “ ‘Sangre por Cargamento y Cargamento por Sangre.’ ” (¡Ah! Volvemos a la transparencia.) ¿Cuáles judíos—indaga el caníbal—querría salvar Brand? ¿Mujeres en años de preñarse? ¿Hombres en su pico? ¿Quién? Quiere una respuesta en el acto.

Está impaciente porque tiene mucho trabajo: tantos judíos..., tan poco tiempo...

Haciendo cara a Satanás, este solitario judío representa, en toda su honesta fragilidad, a la humanidad entera y le contesta: “ ‘¡No tengo facultades para decidir a quién habrás de matar! Me gustaría salvarlos a todos. No entiendo este trato.’ ”¹³ Dios lo bendiga.

Quiero camiones, explica Eichmann. “ ‘Estoy dispuesto a canjear un millón de judíos por diez mil camiones.’ ” Pero no vacíos sino cargados. Quiere “ ‘Té y café, también, y jabón. O mil toneladas de té y café.’ ”¹⁴ Quiere que Brand vaya a Turquía a negociar esto con representantes de la Agencia Judía.

¿Pero cómo puede confiar persona alguna en Adolfo Eichmann? Ya se ha anticipado el nazi a este problema: si Brand, luego de ir a conferenciar a Turquía, regresa a Budapest, se interpretará que toman en serio su oferta. Así, liberará a 100,000 judíos en pago adelantado. Cuando haya recibido el cargamento correspondiente, soltará otro diez por ciento. Y así, mientras llegue cargamento. Con esto, Eichmann garantiza su ‘buena fe.’ Se considera generoso, al parecer, hasta esplendido: “ ‘Escógelos donde quieras. Hungría, Auschwitz, Eslovaquia—donde quieras y a quien quieras—.’ ” Y mientras haya negociaciones, promete, cesarán las deportaciones a Auschwitz.¹⁵

Entonces, Brand habrá de ir a Estambul para entrevistarse con los representantes de la Agencia Judía (Turquía es territorio libre), *sin dilatar en su encargo más de dos semanas*. Si regresa a Budapest dentro de ese plazo, dice

Eichmann, con esto bastará, y 100,000 judíos serán liberados en anticipación del primer pago.

¿Será cierto esto? ¿Han llegado a tal desesperación los nazis, en este año de 1944, que dejarán vivir a algunos judíos para obtener víveres básicos? ¿O se trata de un juego? No faltan historiadores que así lo interpretan. Eichmann, nos dicen, sabía que su oferta no sería aceptada. Curiosamente, ofrecen esta interpretación (nuevamente) para *exonerar*, por el asesinato de la judería húngara, a los líderes de la Agencia Judía, David Ben Gurión y Moshe Sharett, y al líder de la Organización Mundial Sionista, Jaim Weizmann. De paso, exoneran a Winston Churchill y a Franklin Delano Roosevelt. Pero quien acepte esta interpretación y siga sin miramientos sus implicaciones verá que no tienen el efecto deseado.

Pues, ¿de qué se trata, entonces, la oferta de Eichmann? ¿A qué juega? ¿Es un experimento? ¿Querrá confirmar lo que el éxito desmedido de su propia empresa sugiere—que en realidad los judíos no tienen aquel poder casi sobrenatural que acusa toda la propaganda nazi, que a nadie importan, *que ni sus líderes los socorren*—? ¿Cruza, acaso, apuestas con otros nazis—en suspenso, curioso, divertido—sobre si Brand regresará? ¿Será un desafío a los más altos líderes judíos, para descubrir si cobijan en sus corazones el mismo desprecio por su gente que Kastner y los otros colaboradores húngaros? Quien acepte dicha interpretación de Eichmann habrá implícitamente rechazado la de Arendt. Este hombre no es banal—es un Mefistófeles—.

Lo más interesante es la estructura de su oferta. *Eichmann ha escogido a Brand porque Brand no es Kastner.* Brand quiere regresar a Budapest. Quiere ser nuevamente

prisionero de los nazis con tal de liberar a los primeros 100,000 judíos. Luego entonces, para descubrir si la oferta va en serio, basta con que los líderes de la Agencia Judía envíen a Brand de regreso. Con la vida de Brand—una vida que el mismo Brand libremente ofrece y con total convicción—habrán pagado por ver. Si se trata de un juego, se pierde aquella vida; si no lo es, se salvan de un tajo 100,000 judíos—y quizá 800,000—. Sería necesario no querer salvar a nadie para impedir el retorno de Brand a Budapest. No se olviden mis lectores de este punto mientras leen lo que sigue.

Los representantes de la Agencia Judía en Turquía son notificados; que venga Brand, responden. Él se encamina lleno de esperanza, pues le han dicho: “Jaim lo esperará.”¹⁶ Es decir, Jaim Weizmann, líder del movimiento sionista dominante, del sionismo laborista, al cual pertenece también Brand. Brand no lo sabe todavía, pero sería insólito—*insólito*—que Weizmann realmente lo estuviera esperando en Turquía para ver cómo salvar 800,000 judíos húngaros. Veamos por qué.

Jaim Weizmann y Jaim Cohen

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, en agosto de 1937, el Dr. Jaim Weizmann, líder del sionismo mundial desde que muriera Teodoro Herzl en 1904, se dirigió así a un cónclave sionista en Londres:

“Le dije a la Comisión Real Británica que las esperanzas de seis millones de judíos se enfocaban en la emigración. Me preguntaron, ‘¿Puede traerse seis millones de judíos a Palestina?’ ‘No,’ contesté. ...Los viejos se irán. Soportarán o no su destino. Eran

polvo en un mundo cruel, polvo económico y moral.
...Sólo una rama sobrevivirá... Tenían que
aceptarlo...—citado en Hecht (1991[1961]:20)

El proyecto de Herzl—fundador del movimiento sionista—había sido una patria judía donde refugiar a *todos* los judíos. Los viejos también. Los pobres. Izquierda y derecha. Este y Oeste. Seculares y religiosos. Burgueses. Socialistas. *Todos*. Se preocupaba especialmente por los del Este de Europa—90% de la judería europea—pues peligraban más que nadie. Pero en la antesala de la Segunda Guerra, algunos advertían ya que el sucesor de Herzl traicionaba su legado. Cuando Weizmann tachó a los judíos de “polvo en un mundo cruel,” adivinaron, correctamente, que dejaría a los judíos a su suerte. Pronto quedarían confirmados aquellos temores.

En 1939, juzgando el momento oportuno, Weizmann anunció una vacación de toda actividad pro judía. Entonces Vladimir Jabotinsky, quien antes fundara el sionismo revisionista en oposición a Weizmann y para rescatar la visión de Herzl, fue directamente a los judíos y “recorrió los guetos de Europa,” dice Ben Hecht, “urgiéndoles que se fugaran antes de ser exterminados. [Pero] él y sus cofrades del Irgún fueron atacados por el sionismo oficial”—por el sionismo dominante, *laborista*, de Weizmann y Ben Gurión—“y calificados de agitadores peligrosos.”¹⁷ No es cosa fácil salir huyendo de tu país; cuando las advertencias de los revisionistas fueron desprestigiadas, los judíos se quedaron donde estaban—ahí donde Hitler los hallaría—y sellaron su suerte.

En la corte de Haleví, el procurador general de Israel, Jaim Cohen, declama, *en defensa de Rudolf Kastner*, la ideología de Weizmann:

“Para ellos, y millones de judíos como ellos, se cumplió la vieja maldición: ‘Y mira, su destino era ser llevados como ovejas al matadero, para matar, para destruir, para aplastar y humillar.’ ¿Éstos iban a escapar? No tenían piernas para correr. ¿Habrían de rebelarse? No tenían manos para pelear. No había ya coraje en ellos.”—citado en Hecht (1991[1961]:164)

¿Acaso tenía Kastner la obligación de salvar a estos judíos, buenos solo para el matadero? Ésa es la pregunta retórica, implícita, de Jaim Cohen. No hubo crimen; esos judíos no servían. Es así como ‘defiende’ a Kastner, en Jerusalén, el procurador de justicia del Estado judío. En su conclusión, Cohen explica de nuevo su ideología, la misma de Kastner, y del gobierno laborista de Ben Gurión y Sharett:

“Siempre ha sido nuestra tradición sionista [¡laborista!—FGW] seleccionar a los pocos de entre los muchos al arreglar la inmigración a Palestina. ¿Por esto nos habrán de llamar traidores?”—citado en Hecht (1991[1961]:195)

¿Habrán de llamarnos traidores—pregunta Jaim Cohen—por seleccionar a los ‘judíos importantes’? ¿Por enviar a don nadie a morir a las cámaras de gas? ¿Habrá de reprochársenos—reta indignado—que hayamos salvado a los judíos de buena cuna, de buena ideología? Pero, con Ben Hecht, yo retaré así: ¿Habremos de poner a Jaim Cohen en una categoría distinta a la de Joseph Goebbels, aquel nazi fanático que hacía de ministro de propaganda en el Tercer Reich? Ese dijo: “ ‘Los judíos merecen la catástrofe que ahora los rebasa.’ ” Y también dijo: “ ‘En nuestra actitud nazi hacia los judíos no puede haber débil sentimentalismo.’ ”¹⁸ Nada de sentimentalismo para Cohen. Esa política de abandonar el

“polvo” de Europa—de Weizmann—es la que defiende Cohen, *orgulloso*, en la corte de Haleví.

Como decíamos: habría sido insólito que Jaim Weizmann se hubiese apresurado a entrevistarse con Joel Brand en Estambul para salvar a un millón de don nadies, “polvo en un mundo cruel, polvo económico y moral,” cuyo “destino era ser llevados como ovejas al matadero.”

Joel Brand

Cuando llega Joel Brand a Estambul no lo espera nadie. Ni Weizmann ni nadie. No le han conseguido su visa turca. No le permiten poner pies en la tierra. Se queda en el tren.

El hombre que vino con Brand de Budapest, empero, tiene las tablas para arreglar el asunto y se van los dos a un hotel. Ahí se entrevista con ellos el representante de la Agencia Judía, quien pregunta si realmente están asesinando a los judíos. Diríase que esta pregunta encierra un esfuerzo débil y avergonzado de establecer coartada por el silencio de ultratumba de la Agencia Judía sobre el exterminio del pueblo judío. *Estamos a mediados de 1944—el mundo entero sabe del Holocausto—*. En la corte de Haleví, Brand dice así:

“Para un hombre como yo, que acababa de llegar del infierno mismo, era amargo oír que un oficial de la Agencia Judía pudiera expresar dudas todavía sobre el tema. Les habíamos informado constantemente sobre lo que sucedía. Sabíamos que nuestras cartas les habían llegado. Sabían todo, pues habíamos estado correspondiendo con ellos por un tiempo.”—citado en Hecht (1991[1961]:222)

Brand luego se reúne con el Comité de Ayuda y Rescate. En dos semanas máximo, explica, debe regresar a Budapest para liberar a los primeros 100,000 judíos. Ruego no se notifique a los británicos de su llegada, pues ellos cooperan con la matanza de judíos (lo trataremos más tarde). Teme que lo arresten para sabotear su misión. Deciden, en la junta, enviar a Venia Pomeranietz por Moshe Sharett.

Brand propone hablar con Steinhardt, embajador estadounidense en Turquía, basado en Ankara. ¿Por qué? Porque Steinhardt es judío y simpatizará con la misión, razona Brand. ¡Inocencia! Se encaminan a Ankara él y Jaim Barlas (el mismo que más tarde dará permiso a Kastner de salvar a Kurt Becher en nombre de los judíos). Este Barlas sabe que hacen falta papeles especiales para ir a Ankara, porque se consigue los suyos. Pero nadie consigue los papeles de Brand, y cuando llegan al tren no lo dejan subir. Lo llevan luego a un edificio y lo mantienen prisionero tres días. Corre la arena del reloj. Es liberado, y puede moverse en Estambul por una semana, mientras espera a Sharett. *Corre la arena*. Ochocientas mil vidas penden de este hilo. Queda una semana. Menos.

Los británicos no permitirán a Sharett entrar a Turquía. Le insisten a Brand que vaya a la Siria británica a entrevistarse con él. Podrá regresar en algunos días, le aseguran. Brand no quiere ir. Ya entiende que los británicos no están de su lado y teme ser arrestado y perder ochocientas mil vidas. Prefiere regresar a Budapest con una carta del Comité de Ayuda y Rescate diciendo que se aprueba el trato, con lo cual se salvarán de inmediato por lo menos los primeros 100,000, pues Eichmann había dicho que su retorno y su palabra bastarían. El Comité de Ayuda y Rescate puede encargarse después de

conseguir el cargamento para liberar al resto de la judería húngara. Es lo sensato. Lo responsable. Lo ético. Pero no te preocupes, le dice Barlas. Hay que ir a Siria, insiste. Aquí sigue una fuerte disputa sobre esta cuestión. Pero lo presionan sus compatriotas judíos. Contra su mejor juicio, Brand se doblega y consiente en ir.

Ehud Avriel, del movimiento *Halutzim* (Pionero) de los sionistas laboristas, va con él. El viaje dura dos días. *Corre la arena del reloj*. Camino a Siria el tren se detiene en Ankara.

Avriel sale un momento. Dos hombres suben abordo por un espacio breve. Hablan con Brand. Son agentes en Turquía del Partido Revisionista de Vladimir Jabotinsky, y del Partido Agudat-Israel, un partido sionista religioso. Los revisionistas ruegan a Brand que no proceda con el viaje. Le advierten que agentes británicos lo esperan en Alepo (en la frontera siria) para arrestarlo. Luego estos dos hombres se escurren. “ ‘Esto me aterrorizó,’ ” explicará después Brand en la corte de Haleví. “ ‘Significaría la derrota de mi misión y el exterminio de mi familia y un millón de judíos húngaros.’ ”

Pero después Brand se calma. Esos dos que subieron un momento al tren no son ‘judíos importantes’—no pertenecen al movimiento sionista principal—. Se consuela con eso. Cuando regresa Avriel, le comenta lo sucedido. No hay razón para preocuparse, asegura aquel: hay “una garantía de hierro” de los británicos. Avriel sí está con el poderoso movimiento de David Ben-Gurión, líder de la Agencia Judía. Él sí que es importante. Empero, Avriel luego hace prometer a Brand que, de ser arrestado, no dirá nada si no hay alguien de la Agencia Judía presente.¹⁹

—Momento.— ¿De ser arrestado? ¿Y la “garantía de hierro”?

Llegan a Alepo. Avriel dice que tiene que arreglar algo y sale del vagón, dejándolo solo. Inmediatamente, los británicos entran y arrestan a Brand. Lo llevan, a la mañana siguiente, a una elegante finca árabe donde se han acuartelado los altos oficiales británicos. En presencia de ellos, Brand se entrevista (¡finalmente!) con Moshe Sharett. Éste ya sabe todo (Venia Pomeranietz se lo ha dicho).

“ ‘Antes de irse,’ ” relata Brand en la corte de Haleví, “ ‘Sharrett me informó que lo sentía mucho, pero que yo no podría regresar al Norte [a Estambul y luego a Budapest] y tendría que irme al Sur.’ ” Recordemos que para liberar a los primeros 100,000 judíos, según la oferta de Eichmann, basta con que Brand regrese a Budapest. Brand quiere regresar a Budapest—quiere pagar con su vida por ver—. Pero Moshe Sharett, líder del Departamento Político de la Agencia Judía, “siente mucho” que 800,000 judíos húngaros vayan a ser asesinados. “ ‘Me sorprendí y me opuse amargamente,’ ” testifica Brand, “ ‘pero me dijo que no había alternativa.’ ” Brand es llevado a Cairo, vía Palestina. *Es llevado a la fuerza*. Las dos semanas de Eichmann expiran. *Se agotó la arena del reloj*. Brand suplica al cielo que la carnicería de los judíos húngaros no haya comenzado todavía.²⁰

En Cairo, Brand es interrogado por los británicos, una y otra vez. Al décimo día, este pobre hombre, sintiéndose responsable por las vidas de casi un millón de personas, comienza una huelga de hambre, insiste que lo dejen regresar a Hungría. Su huelga dura 17 días y durante todo este tiempo lo están interrogando. Luego recibe una nota de Ehud Avriel. “

‘Me pedía que no fuera difícil y que atestiguara libremente, y decía que se estaba haciendo todo lo posible por asegurar el éxito de mi misión.’²¹ Pero pasan todavía cuatro meses y medio. Luego Brand es soltado y forzado a ir al Mandato Británico de Palestina.

Aquí empiezan los errores. Los británicos debieron asesinar a Joel Brand. Acababan de garantizar el asesinato del pueblo judío húngaro: cientos de miles de personas. ¿Qué importaba uno más? Había que matarlo: Brand sabía mejor que nadie lo que habían hecho. Moshe Sharrett y su Agencia Judía en Palestina eran cómplices también. Cometieron el mismo error: no asesinaron a Brand. Empero, para que Brand testificara en corte el registro histórico de toda su experiencia hizo falta un error adicional: David Ben Gurión y Moshe Sharett, confiando en la impunidad del poder, demandaron a Malquiel Greenwald por presunta difamación contra Rudolf Kastner.

En congoja, pero esperando todavía rescatar algunos judíos, Joel Brand escribe al Dr. Jaim Weizmann, presidente de la Organización Sionista Mundial. (La ingenuidad de Brand es para romper el corazón.) Explica la oferta de Eichmann. Explica la traición de los líderes judíos en el Mandato, que colaboran con los británicos. Relata todo lo sucedido. Puede aceptarse todavía, ruega, la oferta de Eichmann. Salvemos a los judíos que quedan.

A esto sigue un ancho intervalo—sin respuesta—. ¡Silencio! Luego de eso llega finalmente respuesta de Jaim Weizmann, misma que ingresa en evidencia Shmuel Tamir en la corte de Haleví:

“Rehovoth, 29 de diciembre de 1944
Sr. Joel Brand
Tel Aviv

Estimado Sr. Brand,

Le ruego me perdone por haber tardado en contestar su carta. Como seguramente vio en la prensa, he estado viajando mucho y en general no he tenido un momento libre desde que llegué aquí. Leí su carta y el memorando adjunto y con gusto me entrevistaré con Usted un día de la semana que sigue a la que viene—digamos, por ahí del 10 de enero.

La Srta. Itin—mi secretaria—se comunicará con usted para acordar la entrevista.

Le mando un saludo afectuoso.

Sinceramente,

J. Weizmann.”— citado en Hecht (1991[1961]:229)

¿En qué penumbra de locura o maldad cínica, o ambas, se consumía Weizmann? ¿Quién puede contestar así a la súplica desesperada de Brand? Solo uno que, ocupado con asuntos de Estado, “sale en la prensa” y que, por haber “estado viajando mucho... no he tenido un momento libre.” Es decir, un ‘judío importante.’ ¿Salvar vidas judías? Sí... Eso puede esperar al 10 de enero. Que lo vea mi secretaria. (Dicha entrevista, por supuesto, jamás sucede.) Realmente es curioso que Weizmann gastara cinco minutos dictando su respuesta.

Con estas palabras concluye Brand su testimonio en la corte de Haleví:

“Sea que me equivoque o no, sea para bien o para mal, he maldecido desde entonces a los líderes

oficiales de los judíos. Todas estas cosas me asediarán hasta el día que me muera. Es mucho más de lo que un hombre puede soportar.”—citado en Hecht (1991[1961]:229)

Conclusión

El juez Haleví, considerando toda la evidencia presentada, falló a favor de Malquiel Greenwald. Es decir, una corte israelí, después de ver la evidencia, falló que Malquiel Greenwald no había difamado a Rudolf Kastner. Kastner sí había colaborado con los nazis para exterminar más de 400,000 judíos húngaros (no fueron 800,000 porque terminó la guerra).

¿La consecuencia? ¡El gobierno de Israel recurrió la decisión a la Suprema Corte! *Nuevamente defendió a Kastner*. (Aquel, no olvidemos, había confesado ya su crimen.)

La Suprema Corte entregó un fallo dividido. Los argumentos de los jueces supremos que opinaron en contra de Greenwald—por ende, a favor de Kastner—merecen un examen cuidadoso (y lo haremos en el CAPÍTULO 30). Pero aquel fallo dividido forzaba, mecánicamente, la apertura de un caso contra Rudolf Kastner por crímenes de colaboración y solicitar pena de muerte. Eso resultaba incómodo. Pues dicha responsabilidad caía sobre el gobierno de Israel y su procurador de justicia. ¿Acaso Jaim Cohen, apasionado defensor de Kastner, habría ahora de lanzarse en su contra—y, por implicación, en contra de Ben Gurión y de Sharett—? Santo dilema.

Pero se resuelve fácil—basta un tiro—. Un ‘ex agente’ del servicio secreto israelí—tal y cual advirtió Shmuel Tamir

en corte que sucedería—asesinó a Kastner. Alguien velaba por no repetir los errores del pasado. Habría que velar para futuro, también. Sin duda por ello recibió Jaim Cohen un asiento en la Suprema Corte de Israel.

Es una película de horror. Es la historia.

¿Pero cómo es posible? ¿Cómo es posible que líderes reconocidos de la comunidad judía se coludieran con el asesinato de su pueblo? Enseguida comenzaremos a explicarlo. Nos tomará 9 capítulos más. Cuando hayamos terminado, regresaremos al ‘Caso Kastner’ y veremos lo expuesto ahí bajo una luz distinta. Continuará horrorizándonos, pero dejará de ser un misterio.

FUENTES

Arendt, H. (2004 [1963]). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Debolsillo.

Douglas, L. (1998). The Shrunken Head of Buchenwald: Icons of Atrocity at Núremberg. *Representations*, 63, 39-94.

Hecht, B. (1991[1961]). *Perfidy*. Jerusalem: Gefen.

¹ ISRAELI CABINET ASKED TO RESIGN; By HARRY GILROY; *New York Times*; Jun 29, 1955; pg. 5

² Douglas (1998:55)

³ citado en Hecht (1991[1961]:80-81)

⁴ *ibid.* (p.91)

⁵ *ibid.*(pp.92-93)

⁶ citado en Hecht (1991[1961]:96)

⁷ *ibid.* (p.188)

⁸ Arendt (2004[1963]:286)

⁹ Arendt (2004[1963]:16)

¹⁰ Hecht (1991[1961]:97)

¹¹ *ibid.* (p.106)

¹² *ibid.* (p.118)

¹³ citado en Hecht (1991[1961]:220)

¹⁴ *ibid.*

¹⁵ *ibid.*

¹⁶ *ibid.* (p.222)

¹⁷ *ibid.* (p.21)

¹⁸ citado en Hecht (1991[1961]:149)

¹⁹ *ibid.* (p.225)

²⁰ *ibid.*(p.227)

²¹ *ibid.* (pp.227-28)